

# EL TROFEO DE BÁRBARA

Por **DONNA RICHIE**

BÁRBARA era una niña muy cuidadosa. En la escuela sus trabajos eran pulcros y su pupitre estaba siempre impecable. En la casa sus muñecas y juguetes parecían nuevos, porque los cuidaba. Temerosa de que le ocurriera algo a sus cosas -que se rompiera un libro o un juguete, o se ensuciara una muñeca -nunca permitía que nadie jugara con ellos a menos que su madre insistiera. Pero aún así, Bárbara se quedaba al lado, mirando con tanta ansiedad sus juguetes, que echaba a perder su propia alegría y la del compañerito que estaba jugando con ellos.

Bárbara se afligía tanto por sus cosas que apenas jugaba con ellas por temor de que les pasara algo.

Un día llegó corriendo de la escuela.

-¡Mira! ¡Mamá! -dijo agitando en su mano la figura de una hermosa copa de plata montada sobre una base de madera.

-Todas las escuelas realizarán un concurso de dibujo. El que haga el mejor trabajo recibirá un trofeo. A cada niño se le ha dado un libro especial de colorear, que debe usar en el concurso.

Bárbara trabajó arduamente para colorear su libro tan perfectamente como le fuera posible. Estaba casi segura de que ganaría. Todos decían que ella coloreaba muy bien; y nadie se sorprendió cuando ganó el primer lugar en su escuela. ¡Cuán orgullosa se sintió de la hermosa copa de plata que recibió con su nombre grabado en la base!

Bárbara colocó el trofeo en un estante de la biblioteca donde pudiera admirarlo diariamente y mostrarlo a los visitantes.

La hermanita de Bárbara admiraba la copa, pero ésta le prohibió tocarla. Pero la copa era muy brillante y bonita.

-Por favor, ¿no podría tenerla por un ratito? -le rogó la hermanita.

-No -le respondió Bárbara secamente-. Podrías rayarla. O a lo menos le dejarías las marcas de tus dedos.

Preocupada porque su hermanita se trepara y alcanzara la copa, le pidió a su mamá que la pusiera en el estante más alto de la biblioteca.

-Pero así no podrás alcanzarla para mostrársela a la gente -le dijo su mamá.

-No importa -respondió Bárbara-. No quiero que nadie la toque ni la arruine.

-¿Ni siquiera quieres que yo la desempolve? -le preguntó la mamá.

-Bueno, quizás de vez en cuando. Pero ¡por favor! ¡no la muevas! -insistió.

Transcurrieron los días y las semanas y Bárbara pronto comenzó a notar una diferencia en la apariencia de la copa. Parecía que no brillaba tanto como al principio. Ahora se la veía opaca y grisácea.

"Tal vez -pensó Bárbara un día que estaba mirando la copa-, tal vez mamá se olvidó de desempolvarla". De manera que fue a la cocina, buscó la escalerita y se subió para tomar la copa. Buscó un paño y



comenzó a frotarla con él. Pero a pesar de su esfuerzo, no cambió. Seguía estando opaca y grisácea.

En eso entró la mamá y encontró a Bárbara en medio de la habitación, con su preciosa copa en la mano, y lágrimas que le corrían por las mejillas.

-¡Oh, mamá! -sollozó Bárbara-. ¿Qué ocurrió con mi copa? ¡Está arruinada!

-No -respondió la mamá tomando la copa-. No está permanentemente arruinada, sino solamente empañada. Podemos arreglarla con un poco de pulidor para plata.

-Pero ¿por qué se puso así toda grisácea si nadie la tocó desde hace semanas? -quiso saber Bárbara.

-Por eso mismo -explicó la mamá mientras extendía una gruesa capa de la pasta para pulir plata sobre la copa manchada-. Si no hubieras tenido tanto miedo de tocarla, y me hubieras dejado pulirla ocasionalmente, todavía estaría brillante y hermosa.

Pronto la copa comenzó a emerger de debajo de la capa del pulidor para plata y fue adquiriendo de nuevo su hermoso brillo.

-Aquí está -dijo la mamá-. Ahora está como nueva. Pero se manchará de nuevo si no la pulimos a menudo.

-Creo que mejor la pondré donde podamos alcanzarla fácilmente -dijo Bárbara, reflexiva, y colocó la copa en un estante más bajo.

-Me gustaría que me acompañaras al altillo -sugirió la mamá-. Tengo algo que quiero mostrarte.

La mamá y Bárbara ascendieron la escalera hasta el altillo donde la mamá abrió un baúl grande.

Aquí hay algunas cosas que trajimos de la casa de abuelita hace unas semanas -explicó la mamá levantando algunas pesadas ropas de hilo.

-Pero, ¿qué pasa con eso? -preguntó perpleja Bárbara-. Todas esas ropas tienen un color amarillento y parecen sucias. ¿No cuidaba abuelita sus cosas?

La mamá sonrió.

-Sí, abuelita cuidaba las cosas que usaba. Pero estas cosas estuvieron guardadas en su altillo durante tanto tiempo que ahora no sirven para nadie. Lo mismo ocurre con los cubiertos de plata que no se usan. Pierden toda su belleza. A veces guardamos cosas, y las atacan la polilla y las arruina. Dios nos dio las cosas de este mundo para hacernos felices, no para hacernos infelices. Cuando Jesús regrese para llevarnos a nuestro hogar celestial, dejaremos atrás todo lo que tenemos, Y ni nos acordaremos de ello porque el cielo será mucho más hermoso que cualquier cosa que tengamos en esta tierra.

Bárbara se quedó pensativa.

Quizás puedo cuidar mis cosas y también gozarlas -dijo dando un suspiro que pareció aliviarla-. Tú me advertiste muchas veces que no fuera tan cuidadosa como para echar a perder mi vida con mi egoísmo, pero me parece que tenía que descubrirlo por mí misma.

Mientras la mamá y Bárbara descendían por la escalera, ésta añadió:

-Desde ahora en adelante cuidaré mis cosas pero también las disfrutaré. Creo que invitaré a Susana para jugar a las muñecas. Siempre quiso jugar con mi muñeca novia, y estoy segura que no hará nada a propósito para arruinarla.